



EFE

Infantes de marina de EE UU se reúnen frente a una bandera estadounidense a bordo del «USS America» durante una visita de rutina al puerto de Sídney

Ramón Tamames

Tribuna

Recuerden... Gengis, NAP, Adolf

► Las últimas ofensivas de EE UU, rompiendo las reglas del juego internacional, asombran al mundo, pero no son iniciativas nuevas

En varios foros de debate, que uno frecuenta a pesar de sus años, se dice últimamente, con más frecuencia de lo habitual, que estamos ante una nueva era mundial de la política y la economía. Y aunque la verdad es que siempre nos hallamos en una cierta transición, se quiera o no, lo cierto es que la actual irrupción de grandes sucesos inesperados, durante todo el primer año del segundo mandato del presidente Trump, está transformando los fundamentos de la mecánica internacional de la manera más sorprendente.

El último gran movimiento político en ese sentido, una vez que se ha resuelto Venezuela –según el mismo presidente protagonista presume–, hace que hayamos pasado a otro menester, de gran dificultad: el de ese enorme espacio planetario casi vacío, la mayor isla del planeta. Se trata de Groenlandia, cuatro veces y algo más que la superficie de España; que personalmente visité en 1974, cuando era un territorio prácticamente ignorado.

¿Por qué en estos precisos momentos Trump tiene tanta prisa al querer resolver un tema de esa envergadura, nada más comenzar su segundo mandato? Para muchos, el motor principal del episodio estriba en avanzar lo más rápidamente posible en la carrera global China-EE UU.

No se trata de algo tan simple como que EE UU necesite con premura el petróleo de Venezuela para su propio desarrollo, pues ya EE UU es el primer productor mundial

de hidrocarburos. En la gran carrera, hay otro objetivo muy importante, la anexión de Canadá como Estado número 51 de la Unión, que de ese modo se convertiría en un país más extenso que la Federación Rusa, el primero del mundo: «America First».

Claro es que el logro de todo eso no está tan claro. No sabemos si Trump va a conseguirlo contra viento y marea, en un mundo asombrado, estremecido ante tanto atropello territorial. Incluida, tal vez, en el futuro, vayan tomando nota, la Antártida (14 millones de km²), donde el presidente argentino Javier Milei va asumiendo posiciones muy pro Trump.

Agregaríamos que la situación es grave, pero que podría serlo todavía más, si caemos en la trampa de Tucídides. Ya se sabe, me refiero a la hipótesis de trabajo de Graham T. Allison, de la Universidad de Har-

vard, que convirtió un hecho histórico –las Guerras del Peloponeso historiadas por el gran Tucídides–, en referencia actual por lo que significó que la Asamblea Anfictiónica de las Ciudades Griegas (431-404 a.C.), que les había unido contra los invasores persas,

se rompió en una lucha entre la que sería Esparta hoy (Washington DC), frente al Pekín actual (la Atenas de la era clásica). En el supuesto más que claro de Trump de parar los pies a China, que de seguir con su dinamismo actual podría pasar a ser la potencia hegemónica en el mundo, cargándose una «American First» indefinida.

Evidentemente, para cubrir los objetivos de Trump –actuales y los que puedan venir–, será necesario que el resto del concierto mundial de naciones aceptara los nuevos modos internacionales de EE UU, seguir funcionando con su ejército invencible y los

«diktats» del nuevo gran taumaturgo para continuar haciendo lo que quiera. Sin necesidad de más preguntas ni consultas (la ONU ya no existe, virtualmente, a tales efectos), y emulando las actitudes de los peores déspotas de la Historia, que citamos al final de este artículo.

Después de haber presenciado la hegemonía del primer siglo americano de EE UU (1898/2001), la mayoría de los principales observadores de los medios políticos internacionales de ahora sentencian negativamente las pretensiones del imparable presidente gringo en su segundo mandato. Y los miembros de la OTAN se inquietan ante su posible inconsistencia (excepto EE UU y un UK siempre incondicional de USA).

Estamos ante el más letal e inimaginable ten con ten que parece único en la Historia, pero que evoca el poder creciente de Washington DC, que ya en el siglo XIX obligó a la España de Fernando VII a vender Florida a EE UU, en 1819. Debiendo recordarse, igualmente, otras compraventas gloriosas: Luisiana (1803), medio México en 1848, Alaska (1867), lo que fue el 98 España/Antilla, o las Islas Vírgenes... de Dinamarca, en 1916. ¿Son todos esos casos otras tantas muestras del designio manifiesto que preconizan los estadounidenses pro Trump?

Dejamos aquí el tema, con la seguridad de que habremos de volver al mismo, con una mención última de algunos grandes déspotas del pasado, citándolos con sus nombres de pila, para no entenebrececer aún más el panorama: Gengis, NAP, Adolf...

Ramón Tamames es miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

El mundo asiste a un intento de cambio en la Historia universal